

## UN GRAVE PROBLEMA SOCIAL-CATOLICO EN LA AMERICA LATINA: EL INDIGENISMO

**H**EMOS insistido varias veces en que el problema social, es uno de los que en América latina puede afectar más directamente al catolicismo. Si la distribución de la riqueza y las diferencias del nivel de vida en la población de América latina no reciben pronto una solución adecuada, el campo para la siembra de ideas disolventes será cada vez más fecundo. En lo que respecta a la Iglesia Católica, que es considerada todavía como la fuerza espiritual más autorizada e influyente en América, se la acusará de no haber levantado su voz con suficiente energía contra las injusticias sociales que abundan entre los pueblos americanos; además de que las perturbaciones sociales promovidas por ideologías anticatólicas explotando dicha injusticia social harán indefectiblemente que el pueblo de Hispanoamérica se aparte de la tradicional fe y cultura que ha profesado desde los tiempos de su descubrimiento.

Pero entre los problemas sociales, de los que la Iglesia por los motivos indicados, no puede desentenderse, debemos señalar uno, particularmente agudo y específico en América: el Indigenismo. De él vamos a ocuparnos en estas consideraciones, que juzgamos de interés vital desde el punto de vista humano, americano y católico. Por supuesto que para

la cultura hispánica tiene también una importancia que no es posible desconocer, ya que entronca en la fe predicada por España en América y en la tradición cultural de España y de los pueblos por ella formados en América.

### I. *Los hechos.*

Ante todo consignemos los hechos que motivan estas consideraciones. El Indigenismo es un problema complejo que abarca aspectos raciales, jurídicos, económicos y culturales de la población indígena, es decir, de pura sangre india americana. Ahora bien, es un hecho que en muchos países de América Latina, a pesar del progreso económico y cultural que puede apreciarse en las hermosas capitales hispano-americanas, existen todavía grandes masas de indios en una situación espiritual, cultural y material verdaderamente precaria. Una visita, por ejemplo, al altiplano andino mostrará al desnudo, ante nuestra vista, la población indígena fosilizada en un género de vida que no ha cambiado en tres siglos, y, lo que es peor, con una vivienda y vestido totalmente faltos de higiene, con una vida social primitiva desconectada de la cultura que domina en las grandes poblaciones. Pero es más grave todavía que estos indios son, con frecuencia, explotados en las haciendas, donde llevan una vida que nada se diferencia de la de los esclavos. Como ejemplo de esta situación, evidentemente contraria a los principios sociales cristianos, citaré el caso de un colegio católico en el cual hasta hace pocos años el servicio de la casa estaba a cargo de un grupo de indios que se relevaban periódicamente. Estos indios provenían de la hacienda de un gran señor, amigo del colegio, el cual enviaba por turno algunos de ellos al colegio para los trabajos domésticos. Pero lo notable es que los indios nada recibían del colegio, sino que éste debía pagar al dueño de la estancia por el trabajo de los indios. Estos vienen a ser en esta forma como esclavos que el dueño envía a trabajar donde le place y cobrando él la remuneración correspondiente, como quien alquila un auto o un animal. El

nuevo Rector, al conocer este sistema de trabajo, ordenó inmediatamente que se buscaran empleados fijos para el colegio y que se les pagase directamente el sueldo debido por los servicios prestados.

Esta modalidad, llamada "pongaje", no es sino uno de tantos aspectos de la injusticia social con que son tratados los indígenas, a veces incluso por empresarios católicos y aun religiosos, quienes, habituados a esta situación, no la encuentran injusta; algo así como siglos atrás algunos moralistas y teólogos católicos creyeron que la esclavitud no era intrínsecamente mala.

En las haciendas, los indios trabajan tres días a la semana por el dueño de la hacienda; la retribución propiamente dicha consiste en que se les da una pequeña parcela de terreno, que ellos pueden explotar con su trabajo los otros tres días de la semana.

Si atendemos a los números, la impresión resulta todavía más profunda. En verdad no es necesario recurrir a las estadísticas para comprobar *la realidad de este hecho*. Quien haya viajado por el altiplano boliviano, peruano o por las selvas brasileñas, o se haya internado en ciertas regiones del Ecuador, Colombia, Venezuela y Centroamérica, no necesita números para llegar a tener una impresión imborrable. Por dar algún ejemplo, en Bolivia, de cuatro millones de habitantes, sólo una cuarta parte son blancos y el resto vive en pobreza impresionante y puede decirse que al servicio de la minoría de blancos allí existentes. En el Perú, aun cuando la situación de los indios parece algo mejor, está todavía lejos del *standard* de vida propia de la población blanca; y hay que notar que de los siete millones de habitantes, cinco millones son indios. Las proporciones en el resto de América, con excepción del Uruguay, Argentina y Chile, donde el porcentaje de indios con relación a los blancos es menor, coinciden aproximadamente con los dos ejemplos ya citados.

En resumen, la situación de los indios, en su mayoría, desde el punto de vista religioso es de un cristianismo mezclado con supersticiones paganas; desde el punto de vista so-

cial, constituyen una clase aparte, momificada en un bajísimo nivel de vida, indigno de una persona humana, tanto si atendemos a la vivienda, al vestido y a la higiene, como a la cultura y a la situación jurídica.

## II. *Problemas.*

a) El primer problema que esta situación plantea es el de la *justicia social*. Evidentemente, el estado en que viven los indios, comparado con el del resto de la clase blanca en América, constituye una injusticia social. Y por cierto que esta injusticia social debe señalarse en primer lugar desde el punto de vista del "derecho natural". Porque el Estado y la sociedad en él enmarcada tienen la obligación de proporcionar a sus súbditos los medios para adquirir un conveniente nivel de vida material y espiritual, digno de una persona humana. Ahora bien, es evidente que la mayoría de los indios no goza de tal nivel de vida, y, en consecuencia, el Estado y los ciudadanos pudientes deben actuar eficazmente para remediar tal situación.

Pero la injusticia social no solamente se siente desde el derecho natural, sino más todavía, desde los "principios sociales del cristianismo". Actúa entonces la obligación sobrenatural de considerar a los indios como hermanos redimidos por Jesucristo, a los cuales tenemos obligación, por justicia y por caridad, de socorrer en una indigencia de que por sí mismos no pueden salir; más todavía cuando son explotados los indios aprovechándose su trabajo totalmente y dejándolos con una miserable retribución, que les imposibilita el acceso a una vida más digna de seres humanos y de buenos cristianos.

b) En segundo lugar, resulta también un problema esta masa india, porque constituye un *peligro para la sociedad* en la cual está vegetando. Por de pronto, notemos la "rémora" que en una nación significa esa masa inerte de población; llamemos la atención también sobre las "grandes pérdidas de energía humana" que significa esa clase aparte,

desorganizada, sin entrar en juego en la economía y en la vida cultural de la nación; y, finalmente, la "amenaza" que para la misma nación significan esos millones de seres humanos que se hallan en condición miserable, cuando adquieran conciencia de la injusticia pública que contra ellos se está cometiendo; será una fuerza bruta difícil de contener, que ponga en peligro la estabilidad de la nación.

c) A estos problemas debemos agregar otro de orden especulativo-práctico, intrínseco a la naturaleza misma del indio. Ya los primeros colonizadores se plantearon la cuestión de si esa raza, sumida en una decadencia sin grandes muestras de reacción, podría regenerarse o no. Hasta llegaron a preguntarse algunos si los indios eran seres racionales. Sabido es que los misioneros y la Iglesia, así como las sabias disposiciones de los Reyes españoles, decidieron por la capacidad natural de los indios, como seres humanos, regenerados por la misma sangre de Jesucristo.

Pero no faltan todavía hoy quienes creen que, aun cuando sean seres racionales, se hallan en una decadencia biológica, que tiene disminuido el uso de la razón, sin posibilidad de que se regeneren y puedan incorporarse, con plena conciencia, a la vida civilizada.

Nosotros creemos que el actual estado de los indios requiere, sin duda, un gran esfuerzo para poder incorporarlos a la cultura de nuestros pueblos. Pero estamos persuadidos de que ello es posible. Hemos conocido estancieros civilizados y cultos de pura raza aimará, en Bolivia por ejemplo, los cuales llevan la misma sangre que los desarrapados indios aimarás que vemos rondando por las calles de la Paz o en las chozas del altiplano. Se nos hace, en consecuencia, difícil de admitir la imposibilidad de una regeneración, y, en todo caso, deberían realizarse pruebas fehacientes de tal imposibilidad, cuyo resultado creemos que sería negativo.

Los problemas apuntados, entre otros que podrían señalarse, exigen una solución. Ahora bien, ¿cuál es la actitud de la Iglesia?, ¿cuáles son sus posibilidades y su responsabilidad?

### III. *La Iglesia.*

Hemos visto que por derecho natural y por los principios cristianos, el problema indigenista en América exige una pronta solución. Si queremos apurar responsabilidades, debemos decir, en primer lugar, que la Iglesia no es la primera responsable de esta situación. Sin duda que los gobiernos, las autoridades civiles, son los primeros responsables de que esta injusticia social se haya mantenido hasta nuestros días. Últimamente los gobiernos han demostrado un mayor interés. Pero el problema sustancialmente se halla en pie. También debemos reconocer que la magnitud del problema exige una cooperación internacional. Entre los organismos internacionales, la UNESCO ha fomentado estudios y ensayos de alfabetización, higiene y cultura entre los indígenas. En realidad, no es la Iglesia, sino las instituciones civiles, nacionales e internacionales, las que en primer lugar tienen obligación y responsabilidad de borrar esta injusticia social en que viven todavía millones de indígenas en América.

Pero la Iglesia tiene también su parte de responsabilidad, de la cual no puede desentenderse. Hemos visto que por el derecho natural y por los principios sociales cristianos, debe corregirse esta situación. Efectivamente, ella va contra la justicia y contra la caridad; es un gran pecado público contra estas dos virtudes; y el silencio de la Iglesia resultaría una cooperación pasiva a mantener tal estado de cosas. Por tanto, la Iglesia, es decir, sus representantes actuales más afectados por el problema, deben denunciar en su predicación y en su enseñanza dicha injusticia, y, en cuanto sea posible, organizar una acción eficaz para corregirla, ya que también es propio de la Iglesia el ejercicio mismo de la justicia y de la caridad, cuando los poderes públicos y otras organizaciones privadas no cumplen con sus deberes.

Ahora bien, es necesario reconocer que la Iglesia en el período colonial desarrolló una intensa actividad en la cristianización de los indios y conjuntamente en su elevación a un género de vida civilizada. En cambio, desde el período

de la independencia, causas muy complejas desviaron la atención de las misiones y cuidado de la población india. En estos últimos decenios aparece una mayor preocupación; pero, a nuestro parecer, estamos todavía lejos de haber ocupado, en la solución de este problema, el puesto que a la Iglesia corresponde. Puesto que debe ser de avanzada, señalando la realidad y la gravedad del problema, sin contemplaciones con los intereses de los que quieren todavía seguir explotando la situación precaria de tantos indios. Conocemos los casos edificantes de algunos Obispos y Superiores Religiosos que están trabajando activamente. Pero son todavía aislados en el inmenso mapa de ambas Américas. Y, sin embargo, este problema afecta en gran manera al porvenir católico de América Latina, para la conservación y defensa de nuestra cultura cristiana frente a los peligros cada vez más amenazadores.

Subrayemos, pues, por nuestra parte, *la urgencia de una solución de conjunto*, para la cual deben colaborar, en primer lugar, los Estados y los organismos internacionales, y debe prestar la Iglesia Católica la colaboración de su doctrina luminosa y de su celo abnegado, con decisión, con valentía, con fervor cristiano, para que cuanto antes se suprima del mapa de América esa mancha oscura que es el problema del indigenismo.

ISMAEL QUILES, S. I.